

# Cómo se vive la reinserción social

(testimonio)

Vianney Alexandra Vásquez Reyes\*



Todo comienza la última semana de noviembre del 2012, un día normal para mí, cuando teníamos una salida de la escuela al desfile del 20 de Noviembre. Yo iba en el camión escolar

divirtiéndome con mis compañeras del equipo de porra: me pareció muy gracioso aventar por la ventana el desayuno que nos dieron, hacia los carros que iban pasando; todo fue risa y diversión, ya que yo era muy rebelde y me encantaba sentir la adrenalina de hacer algo prohibido.

La semana siguiente nos mandaron a hablar de la dirección, ya que una de las personas a las que les aventamos comida era la coordinadora de la escuela y se había quejado. Citaron a nuestros papás y a mí me dio miedo porque hacía poco habían entregado

las calificaciones y yo no le comenté a mi mamá. Obviamente recibiría quejas de mí, por mi rebeldía. El problema era que si yo le decía a mi mamá, se daría cuenta de todo y me castigaría prohibiéndome cosas (mi mamá era muy regañona), así que decidí no decirle nada.

Al día siguiente me encontraba en el receso cuando vi que mi mamá estaba en la escuela, me puse muy nerviosa y, con miedo, me escondí. Al salir, me hice loca caminando y perdiendo el tiempo para no llegar a la regañiza, pero me dio hambre y tuve que regresar a la casa. Mi mamá me regañó muy feo y me hizo sentir mal porque me dijo verdades que me ofendieron: me dijo que yo no valoraba los esfuerzos de ella y de mi papá, que necesitaba poner un alto a mi rebeldía, que buscaría un lugar para mí en un internado.

Me quedé sentada donde me regañó y escuché que salió de la casa. Así que decidí escaparme, para ser libre y

Fecha de  
recepción:  
2022-03-14

Fecha de  
aceptación:  
2022-03-17

DO  
SSI  
ER

\* Estudiante de la Licenciatura en Derecho en la Universidad Regional del Norte.

que nadie me regañara. Me brinqué por detrás para que no me vieran los vecinos y me fui muy feliz a buscar a una compañera de la escuela para ver si podía quedarme con ella. Al llegar, me recibió y estuvimos platicando mi situación. De pronto llegó una amiga de ella con una mochila. Yo la admiré mucho cuando la vi, porque tenía todo lo que a mí me prohibían: iba muy maquillada, tenía tatuajes, perforaciones y su cabello teñido. Me platicó que había estado en varios centros de rehabilitación y que no estudiaba. Me pareció muy inteligente y con historias interesantes, me cayó superbién. Su nombre era Raquel y la gran casualidad era que ella llegó ahí porque se fue de su casa, dado que le dijeron lo mismo que a mí, que la iban a internar.

Mi amiga Vanessa nos dijo que no podíamos quedarnos las dos ahí porque la regañarían, pero que nos fuéramos juntas, ya que así no estábamos solas. Raquel me dijo que tenía muchos amigos y que tenía una fiesta esa noche, y que, si íbamos, ella ya sabía con qué amigo nos podíamos quedar esa noche. Le pidió permiso a Vanessa de alistarnos ahí; yo, feliz, accedí sin pensar en nada. Raquel me dijo que me iba a arreglar, ya que me veía algo pequeña, y así fue: me prestó ropa de moda muy transparente, unas extensiones y me maquilló.

En ese tiempo tenía castigado mi celular, así que mi mamá no tenía cómo localizarme y no comenté nada con mis amigas cercanas para que no me delataran. Fuimos a la fiesta y me la esta-

ba pasando genial, había alcohol y yo podía tomar y meterme a la hora que quisiera, ya que era libre y nadie me mandaba. Hice muchos amigos y estuvimos charlando bastante, hasta que salió la plática de que ellos se dedicaban a robar carros, y comenzaron a hacer comentarios de que nosotras jamás nos atreveríamos a ir con ellos, a lo que Raquel respondió que claro que sí, que teníamos más valor que ellos; obvio, yo le seguí la corriente, no podía quedar como cobarde o como una "niñita", y así terminamos retadas a acompañarlos.

Nos fuimos de la fiesta a robarnos un carro. Se bajaron a robarlo y nos fuimos del lugar a alta velocidad. Yo sentía muchos nervios y adrenalina, pero aun así no pensaba en lo que estaba haciendo. El carro en donde yo iba empezó a fallar, así que fuimos a dejarlo y nos subimos todos al carro robado. Yo iba viendo por la ventana mientras ellos decidían a dónde nos íbamos, cuando de pronto una caravana de policías les hizo el alto a estos chicos y ellos no se frenaron. Comenzaron a conducir a muy alta velocidad, me dijeron que cuidara un arma que era falsa y yo me la escondí entre la chamarra. En ese momento yo sentía mucho miedo, pero mi mente estaba en blanco.

Al llegar a un semáforo en rojo, los chicos no frenaron y nos estampamos con varios taxis que iban circulando por esa avenida. Mi nueva amiga Raquel y los dos chicos bajaron rápidamente del carro y yo no entendía porque no reaccioné, no me respondía el cuerpo, tenía miedo, solo pensaba

en mis papás y en cómo terminé en eso: ahí me quedé, en el carro. Cuando mi mente reaccionó quise bajarme, pero estaba rodeada de policías e inmediatamente me obligaron a hincarme. Mucha gente se acercó y yo quedé en medio, viendo hacia abajo, con la mente perdida.

Me subieron a una patrulla y los policías comenzaron a gritarme horrible, a golpearme para que respondiera que quiénes eran mis amigos, pero ¿cómo podía yo responder eso si justo los conocí ese día? Ni siquiera sabía sus apellidos, menos sus direcciones. Me pidieron mis datos y, obviamente, di datos falsos, yo pensaba que lo podía resolver sola, así que decidí decir que era mayor de edad y de Ciudad Juárez, para que nadie tuviera que recogerme cuando todo se resolviera. Me tuvieron mucho tiempo en esa patrulla, golpeándome con sus radios, y con lo que podían. No recuerdo haber sentido dolor, mi mente estaba aún en otro lado.

Llegamos a la comandancia la madrugada del 2 de diciembre del 2012 y me tomaron varias fotos y mis huellas. Me dijeron que la dirección y el nombre que les proporcioné no existían. Comenzaron a golpearme de nuevo hasta que les dije la verdad, que tenía recién cumplidos los 15 años y que era de la ciudad de Chihuahua. En ese momento ya necesitaba de mi mamá y de gente que me cuidara. Me sentía en peligro.

Más noche me llevaron a previas, yo me sentía destrozada, tratando de asimilar lo que había hecho y en lo que me había metido. Me siguieron

golpeando para que confesara para quién trabajaba, y muchas cosas así, pero yo no estaba cubriendo a nadie, era la verdad, no conocía a nadie. Me permitieron hacer una llamada, hablé con mi mamá y le destrocé el corazón al decirle que estaba en la cárcel.

El 4 de diciembre del 2012 llegué llena de miedo al Centro de Reinserción Social para Adolescentes Infractores (CERSAI número 1). Mi mamá me platicó que mis compañeros de la escuela divulgaron mi foto en los periódicos, en donde decía que era una robacarros, y que todos comentaban que sí era cierto, que yo era muy rebelde y que siempre sospecharon que andaba mal, cuando eso no era cierto, yo no andaba mal. Yo pensaba que nunca quería volver a verlos, porque me iban a juzgar por lo que hice.

Me vincularon a proceso el 5 de diciembre de ese mismo año, me dieron seis meses de investigación. Yo me concentré en estudiar, ya que no quería darle más problemas a mi mamá, pero solo fue al principio. Ya en ese lugar hice amigas de todo tipo y con mucho conocimiento de cosas que yo no sabía. Me platicaban los delitos que habían cometido y las drogas que consumían. Me hice más rebelde ahí adentro, mi pensamiento era salir y juntarme con ellas, porque sí me entendían y habían pasado por lo mismo que yo. Pensé que era más fregona que antes de que me detuvieran, porque ya había estado en la cárcel, así que todos me respetarían.

Después de diez meses de investigación, me fui a juicio oral y me sen-

tenciaron a 3 años y 6 meses de prisión; fue como si me echaran una cubeta de agua fría. Pero no perdía mis fuerzas, ya que mi papá, mi mamá y mis dos hermanos nunca me dejaron sola, me visitaron en cada oportunidad: eran los primeros en llegar. Mis papás no me regañaron, ni me juzgaron ni me preguntaron nada, dijeron que eran las consecuencias de mis actos y que iban a estar conmigo para apoyarme.

Comencé a asistir a todos los talleres que nos impartían, a los grupos de apoyo, y entré a la escuela, aunque muy pocos días me dejaban ir a clases porque había muchos hombres internos, y si no había alguna custodia mujer que me vigilara en las clases, no podía asistir, así que pedían los apuntes a los maestros y me los llevaban. Terminé el bachillerato en el CERSAI y entré a la universidad en línea, a una carrera de mercadotecnia, pero rara vez me llevaban al centro de cómputo, así que el sistema universitario no estaba funcionando.

Al cumplir dos años y medio encerrada fui a una revisión de medidas cautelares para ver si me dejaban en semilibertad y cumplía mi sentencia en casa. Desafortunadamente, me negaron la revisión y tenía que cumplir mi condena ahí dentro.

Para este tiempo yo ya no era la misma, ya tenía 17 años y no me imaginaba libre, todos mis sueños y pensamientos eran adentro de la cárcel, con los chicos y chicas del CERSAI. No sabía nada de la gente del exterior, ni siquiera me emocionaba pensar en mi

libertad. Suponía que, cuando saliera del centro, extrañaría a mis compañeras, mi vida de encierro. Me empecé a sentir cómoda en la cárcel, me daba temor pensar en una vida fuera de ahí.

Así pasó el tiempo, tomé cursos de estilismo, aprendí a tocar instrumentos, a hacer manualidades; aprendí a peinar y yo entraba a todos los talleres, hasta que se llegó el día de salir libre. No me imaginaba caminar en la oscuridad o bañarme a la hora que quisiera, no recordaba lo que era tener privacidad. Ni siquiera iba a tener amigos porque mis amigos anteriores sabían que estuve en la cárcel y yo ya no quería tener trato con nadie que conociera mi pasado. Me avergonzaba bastante haber estado ahí. Estuve muy nerviosa pensando en lo que iba a ser de mí.

El 5 de junio del 2016 se llegó el día, salí de la cárcel por fin a mis 18, casi 19 años. Mis papás, mis hermanos y algunas vecinas estaban ahí afuera del portón, con las *Mañanitas* y unas enormes flores para mí. Me abrazaban diciendo que ese día yo estaba volviendo a nacer, pero yo aún sentía tristeza por irme de la cárcel y no lo podía entender.

En mi casa me dieron de comer todo lo que yo extrañaba, pero en verdad fue duro adaptarme al cambio. Me levantaba a las cinco de la mañana y todos en mi casa seguían durmiendo. Mi mamá me decía que ya no estaba encerrada, que no fuera tan ruda con mi hermanita de 13 años y que no debía estar a la defensiva.

Pasando mi primera semana de libertad, mi mamá se enfermó. Mi fami-

lia nunca me dijo que en todos los años que yo estuve encerrada mi mamá se había sentido mal, pero que no quería ir al hospital por miedo a que la internaran y no poder ir a verme. Al yo estar en casa, mi mamá empeoró y la llevamos al hospital y de inmediato la internaron, ya que tenía pancreatitis y piedras en los riñones. Duró dos semanas internada, la operaron y aun así se sentía mal, hasta que descubrieron que tenía un tumor en la matriz, la operaron y todo salió muy bien; no era un tumor maligno, pero era un tumor de dos kilos.

Por fin, mi mamá volvió a casa, pero yo tenía todo un desastre, no sabía cocinar ni administrar los gastos de una casa, así que me terminé el dinero en tres semanas. Me sentí mal por no saber hacer nada, ni siquiera me sentía adaptada afuera. En el tiempo que mi mamá enfermó, no me adapté porque me la pasé en el hospital con ella. Ya estando todos en casa, mi mamá me dijo que decidiera qué estudiar, ya que era momento de sacar una ficha en la universidad. Yo moría de ganas por ser abogada, pero todos decían que era una carrera muy difícil, que ni siquiera era seguro que quedara en la escuela, y yo no podía darme el lujo de que mi mamá perdiera esos novecientos pesos en una ficha y no aprobar el examen de admisión.

Sabía que tuve un mal bachillerato, ya que muchas veces no me llevaban a tomar clases y aun así me gradué. Pensé que era muy probable que no tuviera la inteligencia para una carrera así. Opté por irme a la carrera más

fácil, saqué ficha en Educación Física y quedé (no tiene nada de fácil esa carrera). Ahora sí, ya era una universitaria, pero no me sentía igual que los demás. Me sentía inferior, no sabía cómo vestirme a la moda, cómo maquillarme, me quedé estancada en el 2012. Incluso me ponía nerviosa que me preguntaran por exnovios o de qué escuela venía. Me daba pavor que descubrieran que estuve en la cárcel y guardarme ese secreto no me estaba dejando ser feliz, no me sentía sincera. Algunos compañeros de la cárcel me invitaban a salir y sí me daban ganas, porque con ellos sí podía ser yo, solo que no accedí porque no sabía cómo decirle a mi mamá que saldría con ellos.

Tuve un novio en la facultad y en un momento que me sentí en confianza, le platicué por lo que pasé. Él no me volvió a tratar de manera normal, me hacía preguntas morbosas sobre la cárcel, hasta que me terminó. Yo sentía que nadie iba a querer estar conmigo si descubría mi pasado y decidí ocultarlo. Cuando me topaba gente que me conocía de antes, prefería sacarles la vuelta. Todo era tan extraño, pero también yo era la extraña en la escuela, porque no fumaba, no tomaba y nunca quería salir, pero, sobre todo, me daba miedo salir por la noche.

Conseguí trabajo en una pizzería y ahí duré bastante tiempo, hasta que entró un compañero de la escuela en la que estuve antes de que me detuvieran y él les contó a mis compañeros que yo estuve en la cárcel y decidí no volver a trabajar ahí.

En quinto semestre, comencé mis prácticas y me di cuenta de que no me gustaba esa carrera y no quería hacer eso toda mi vida, así que tomé la decisión de hacer examen en la Facultad de Derecho y mi mamá me apoyó. Sí quedé en Derecho, y eso me hizo sentir que sí podía ser lo que yo quisiera. Me fue superbién en la escuela, realmente me apasionaba estudiar esos temas y no batallaba en nada; me arrepentí mucho de no haber entrado antes.

Un 7 de octubre, el día de mi cumpleaños, mi abogada defensora me invitó a dar una plática a puerta cerrada. Aportaría mi testimonio para que las personas que ayudaban en materia de Reinserción Social vieran lo que hacía falta en los centros especializados para adolescentes. Tenía mucho tiempo ocultando que estuve en la cárcel y no sabía si podía platicarlo en público, pero mi familia me dijo que no debía avergonzarme, que yo ya no era la misma persona del 2012, que ya había madurado, así que decidí ir a dar esa plática y ese día me cambió la vida. Al platicarlo en voz alta a desconocidos acepté mi pasado y reflexioné sobre él y todo mejoró dentro de mí. Me comencé a sentir a gusto afuera y dejé de soñar que aún me encontraba encerrada. Cuando me topaba a alguien y me hacía malos comentarios sobre mi pasado, yo levantaba la cara y decía 'sí, sí fui yo, pero ya aprendí'; me pedían dar mi testimonio en otros lugares y ya no la pensaba, sabía que a alguien le podía servir.

Pasó el tiempo y me sentía feliz, hasta que llegó el 2020, el año de la

pandemia, y yo ya tenía 23 años. Me quedé sin trabajo, y me empecé a desesperar por no tener dinero, pero mis papás estuvieron ayudándome. Llegó mayo y fallecieron mi papá y mi hermano de 25 años. Sentí que caí en un túnel otra vez, como cuando estaba en la cárcel. Duré días, semanas... tratando de levantarme, pero sentía que no podía. Lo empoderada que me sentía antes de eso, y las ganas que tenía de ser alguien en la vida se habían ido. Logré levantarme cuando caí en cuenta de que nos habíamos quedado solas mi mamá, mi hermanita y yo. No me rendí y pensé que, si había podido levantarme después de haber estado tantos años en la cárcel, también podría recuperarme de ese golpe.

Comencé a trabajar, saqué mi título de estilismo que hice en el CERSAI y encontré una barbería para trabajar. Allí sigo practicando y trabajando a la vez. Sigo tratando de sacar a mi mamá adelante de ese golpe y me arrepiento tanto de haberle causado tanto dolor con mis errores y que haya tenido que sufrir tanto. No dejé mis estudios y por fin el año que viene termino mi carrera de Derecho, y sé que podré ayudar a muchos menores que cometen los mismos errores que yo cometí.

Así se vive la reinserción social: es temor a ser juzgado, sentirte inferior, incapaz de gozar de una inteligencia. Querer volver a la cárcel aún sigue siendo una opción en tu cabeza, ya que ahí contabas con comida segura, estudios, una cama para dormir, ropa y hasta agua caliente. Yo sentí que salí peor

de lo que entré, que me había arruinado mi vida y mi reputación, pero hoy siento que no arruiné nada, que tuve que pasar por todo eso para ser quien soy en este momento y que gracias a esa experiencia aprendí a elegir a mis amistades, a valorar a mi familia, que siempre estuvo para mí, y aprendí a darme cuenta de que, quien me quiere, me va a querer con todo mi pasado y los errores que cometí.

Espero que este testimonio sea útil. Lo entrego para que llegue a manos de alguien que lo necesite y, si alguien va saliendo de la cárcel, vea que puede conseguir todo lo que se proponga en la vida haciendo las cosas bien. Solo debemos echarle ganas porque sí podemos, no somos menos que nadie y un error no define el tipo

de persona que eres. Deben luchar por lo que quieren y no se rindan, salgan del hoyo en el que se encuentran, busquen ayuda, no están solos. Hoy existen muchos programas de reinserción en donde les pueden ayudar a conseguir un trabajo o dar terapias después de su proceso. Lamentablemente, a mí no me tocaron tantos programas con seguimiento después de salir de la cárcel. Tuve que abrirme camino sola. Hoy te puedes percatar de que no estás solo: aunque no cuentes con familia o alguien que te apoye, hay gente que te dará seguimiento y va a apoyarte en la libertad, tan cómodo y feliz que no vas a querer volver a estar encerrado jamás, y antes de cometer un error, la vas a pensar dos veces.

Muchas gracias. 

